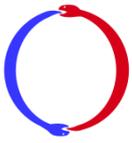


**Elipsis, emociones y monstruos buenos
de Emil Ferris (y II)**





Pilar Úcar Ventura

“¡Con la que está cayendo!”. A nadie se le escape la tormenta atronadora actual...

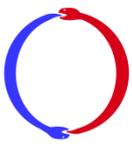
Si a Emil Ferris (Chicago, 1962) le hubieran dicho que su libro *Lo que más me gusta son los monstruos* (*My Favorite Thing Is Monsters*, Reservoir Books, 2017) supondría un éxito editorial, se le habría paralizado el resto de su maltrecho cuerpo cuando fue salpicado por el virus del Nilo Occidental. De esto hace ya unas cuantas décadas y su postración en el hospital para recuperarse del todo a pesar de funestos diagnósticos y médicos agoreros, le “sirvió” —no veo ejemplaridad en el padecimiento— para enseñar la población de monstruos que rodea a la humanidad: los que nos invaden a cada uno en nuestra propia mismidad y los que (nos) amenazan día a día.

Su novela gráfica, hoy todo un *best seller*, invita a mirar(nos) de otra manera, con otros ojos, más allá de los faciales: convendría echar mano de la inteligencia para practicar la generosidad, y así domeñar a los “monstruos malos” que siempre han existido y que no dejan de hacerse visibles, aunque se acerquen con pies de plomo... siempre al acecho.

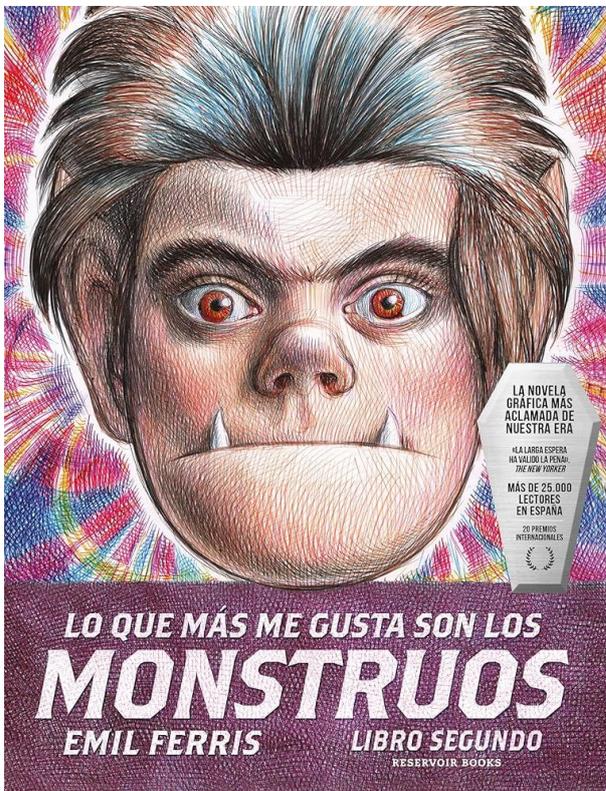
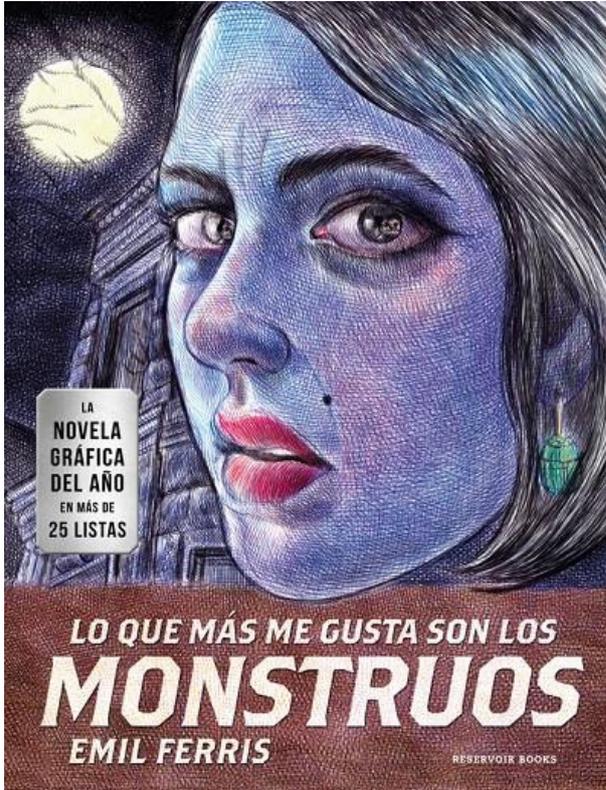
Porque los “monstruos”, esos seres que presentan anomalías o desviaciones notables respecto a su especie, esos seres fantásticos que causan espanto (RAE dixit), podrían devenir en “quimeras buenas”, valga la paradoja semántica.

Quizá a este propósito ayuden las emociones porque los humanos, ¡qué duda cabe! somos emocionales a todas horas: ahí radica el peligro y la grandeza. Nos constituimos en amos y señores de sentimientos intensos que (nos) invitan a pensar, querer, confiar, sospechar, aborrecer y amar... Emil Ferris diseña una protagonista, Karen Reyes (trasunto personal de sus propias vicisitudes), llena de afecto y rodeada de acompañantes insensibles en su aventura detectivesca. En el camino vital de la niña asediada por sus iguales —¿o son distintos?—, decide permanecer callada y observar; en el fondo, concede un gran valor a la palabra por decir, al silencio, una elipsis llena de contenido emocional que forma una cadena de eslabones omitidos a flor de piel: el deseo de protestar, de gritar, se somete ante la hostilidad de las secuencias que experimenta no solo en el colegio y en su casa, sino también en las calles y en su vecindario. Plasma en sus idas y venidas silencios apretados, pasiones refrenadas.

Los monstruos malos atacan su intimidad intimidando con bravuconería y ella, incomprendida, se refugia en el museo de arte de la ciudad donde los cuadros rompen sus marcos para dar vida a imágenes y figuras que hablan con esa visitante curiosa e ingenua. Son los monstruos



buenos, llenos de luz vivificante que se comunican más allá del tiempo, más allá del barniz clásico.



Sabemos que el término *emoción* viene del latín *emotio*: "movimiento o impulso", "aquello que

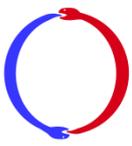
nos mueve hacia", por eso, Karen Reyes (la misma Emil Ferris) entabla una conversación soterrada con personajes mitológicos, históricos, con animales y fieras dóciles concedores del magma emocional que estalla en su interior y todo ello de la mano de su hermano, otro monstruo a ratos bueno y a ratos perverso.

Pintar sensaciones, reunir colores, ver entusiasmo, conocer y querer a través de la palabra silente, expresar emociones tangibles desde el corazón tendiendo sonrisas: todo eso y mucho más nos inspira la autora y su personaje.

Así van pasando las páginas del cuaderno de Emil Ferris lleno de dibujos, grafismos, gamas cromáticas lóbregas y alguna que otra brillante. Un diario terapéutico como ella misma afirmaba durante su convalecencia, empeñada en recuperar la movilidad de su mano derecha, el apéndice que le permitió desenterrar a sus monstruos: una auténtica explosión personal, la voz pictórica y gráfica lanzada al otro, a los otros, como ejemplo de exhibición afectiva y afectuosa.

La escritora y dibujante realiza un importante despliegue de intuición, perspicacia, cultura, reflexión, interés, afición y curiosidad a la hora de contar qué está pasando en la ciudad de Chicago durante aquel ínclito año de 1968. Se necesita poseer, además, y practicar la paciencia y el humor, a poder ser del bueno, como los monstruos —de mal humor, la humanidad anda sobrada—.

Leer los bocadillos de los personajes que inundan las páginas del libro sobre los "monstruos" (su estética ha sido adscrita al movimiento pictórico del "feísmo") incentiva la imaginación y conmueve resortes internos; son palabras intensas, sinópticas y reducidas, cónicas y quejosas, tiernas y críticas, como la fruta de una macedonia, ingredientes que jalonan —y se atragan— con el paso de una viñeta a otra: amargura, mucha; ironía, bastante.



La lectura de *Lo que más me gustan son los monstruos* obliga a aguzar el ingenio a marchas forzadas y a estar pendiente del más mínimo detalle: comas y acentos, que, incomprensiblemente, caben en los límites del recuadro, lenguaje no verbal, gestos y señales, ademanes y pausas... Los elementos de la comunicación a toda vela. Síntesis y sinopsis, resumen y esquema.



Emil Ferris, madre soltera, luchó para sobrevivir en una sociedad heteropatriarcal, como ilustradora médica y técnica a la vez que diseñaba juguetes. Ejemplo de tenacidad, se aferraba a su silla de ruedas y pintaba y dibujaba, apretando los dientes: lápices y bolígrafos balsámicos. Convertida en niña lobo, como el *estepario* de Hermann Hesse, narra plásticamente sus miedos y sus fantasmas, reales como la vida misma, y se abre en canal con el anhelo de buscar un refugio, un oasis entre la podredumbre y la miseria sociales; emociones agitadas y palabras sin escupir. Solo grafismos. Y ya es mucho. Hace desfilar el horror de Vietnam, el desvarío del nazismo, la misoginia, el abuso escolar, la

marginación social y el desprecio según la orientación sexual: ¿para qué hablar? Hay huecos lingüísticos mucho más elocuentes, vacíos verbales más tenebrosos y expresivos que la verborrea huera propia de unos años atestados de soflamas políticas. En medio de esa vorágine, hay monstruos buenos, en la vida de la novelista y en la que proyecta en el libro: enferma de escoliosis, había niños que la ayudaban frente a los ataques y ofensas de otros, igual que Franklin, un joven negro de aspecto monstruoso, defensor de Karen. Bien podrían formar el dúo de la bestia y “la bella” danzando por las calles de Chicago para oprobio de los transeúntes, un espejo de la inmoralidad urbanita y de las falsas apariencias que imperaban y de las que fue víctima Emil Ferris, cuya “preferencia por las mujeres estaba muy mal vista y experimenté agresiones verbales y físicas cuando estaba en compañía de las mujeres a las que amaba”.

A pesar de todo ello, se afana por crear monstruos buenos y por creer en ellos: humaniza a Drácula, Frankenstein o al Hombre Lobo... de la ficción a la realidad con emociones y afectos, de naturaleza diferente —causan horror y espanto hemos dicho antes—, se ven abocados a luchar en un mundo acusador y condenatorio de lo distinto, porque la diferencia asusta. ¡Qué gran monstruo es la ignorancia!

El odio, el racismo, las contiendas bélicas; la sinrazón de los poderosos, el egoísmo y el desprecio de quienes poseen el poder, de los que se creen superiores generan caos y vulnerabilidad, incertidumbre... La perversión y la maldad ejemplificada en unos monstruos dañinos se suceden en la vida y se dibujan y colorean en la novela.

Toda una advertencia, un aviso para generaciones futuras que leen con entusiasmo las viñetas de Emil Ferris, pues favorecen la huida a otros mundos con otros horizontes: en silencio o no,